

LOS «JUSOS» DEL CANCELLER

Ante más de quinientos representantes de la industria y las finanzas alemanas, el canciller socialdemócrata, Willy Brandt, declaró recientemente: «Mi partido se ha comprometido a proteger la propiedad privada de los medios de producción... A largo plazo, la estabilidad y el crecimiento económico sólo pueden asegurarse dentro del marco de una economía de mercados...».

Semejante doctrina sorprenderá hasta a un socialdemócrata moderado. Y, sin embargo, el señor Brandt se ha limitado a repetir ante su auditorio lo que desde 1965 está inscrito en el programa de gobierno de la socialdemocracia alemana.

No es sorprendente, en estas condiciones, que dejen oírse voces en Alemania Occidental opuestas a esa visión que del futuro tiene el actual canciller: «Brandt y su partido han traicionado al socialismo», proclaman

las «células rojas» de las Universidades de Berlín Oeste, de Frankfurt y de Hamburgo. Pero estos grupos sólo hallan eco en determinadas capas de la «intelligentsia», y el Gobierno socialdemócrata no los teme. Como tampoco se ha amedrentado frente a la «bomba de Baader», cuyas acciones terroristas sólo han conseguido justificar una extraordinaria movilización policíaca, crear un clima de suspicacia y perjudicar a los grupos revolucionarios.

Sin embargo, el canciller Brandt y los otros dirigentes de la socialdemocracia alemana se oponen, desde hace algún tiempo, a «izquierdistas» de otro tipo, mucho más peligrosos que aquéllos por cuanto amenazan desde el interior de la extraordinaria y potente máquina de un partido que cuenta más de 800.000 miembros.

Estos «izquierdistas» de Brandt son los «jusos» (abreviatura de «jungsozialisten», jóvenes socia-

listas), afiliados al partido socialdemócrata desde que Willy Brandt autorizó a los miembros de menos de treinta y cinco años a agruparse en una asociación autónoma. Se cuentan actualmente 250.000 «jusos». Sus dirigentes, elegidos en congreso convocado con regularidad, persiguen metas diferentes de las anunciadas por Brandt.

«Nuestro objetivo —dicen— está bastante claro: se trata de sustituir el capitalismo por una sociedad socialista, condición indispensable para que pueda existir una auténtica democracia». Y Karsten Voigt, uno de los dirigentes de los «jusos», declara por su parte: «La oposición entre el capital y el trabajo se produce a todos los niveles, tanto en el lugar de trabajo como en el marco de la vida cotidiana y del hábitat: la ciudad, el barrio, la comuna. Esa oposición determina la elección y el volumen de las inversiones privadas y públicas destinadas a la ordenación del territorio, la política de desarrollo y renovación urbana, el derecho inmobiliario, la infraestructura y los transportes, la vivienda, la expulsión de los obreros del centro de las ciudades...». A lo que añade otro dirigente: «Somos el elemento socialista contestatario dentro de la socialdemocracia, y nuestros desacuerdos con la dirección del partido son profundos; pero no pensamos abandonarlo, porque la gran mayoría de los obreros alemanes confían en la socialdemocracia.

Estrategia de los «jusos»: vencer al mayor número de miembros del partido de la necesidad «de llevar a cabo reformas profundas que pongan en cuestión las actuales estructuras de la sociedad». Se trata, según Karsten Voigt, «de ligar las reivindicaciones inmediatas a la perspectiva de una necesaria transformación social...».

Pero, ¿tienen esos «jusos», vilipendiados por la reacción y cada vez más temidos por el «aparato» de la socialdemocracia, alguna posibilidad seria de imponer sus ideas a un movimiento obrero profundamente conservador?

Los hechos ofrecen una respuesta parcial: a pesar de las encarnizadas resistencias que han encontrado, en especial la del alcalde de la ciudad, los «jusos» han conquistado recientemente la dirección de la poderosa socialdemocracia en Munich. En la región de Frankfurt, los «jusos» ocupan sólidas posiciones. Influyen sobre las decisiones del partido y gozan de las simpatías de diversos diputados socialdemócratas.

Precisamente bajo la influencia de los «jusos» ha adoptado la última convención del partido socialdemócrata, contra la voluntad de Schiller, un programa fiscal basado en el establecimiento de pesados gravámenes sobre las grandes fortunas: «Los «jusos», escribe un periódico alemán, están conquistando poco a poco el partido socialdemócrata».

Naturalmente, a veces se producen serios roces entre los jóvenes socialistas y la dirección del partido. Por ejemplo, la dirección de los «jusos» publicó un panfleto en el que se recomendaba que no se designase como candidatos a las próximas elecciones legislativas más que a «auténticos socialistas». La dirección del partido intervino para impedir el envío del panfleto en cuestión.

La dirección del partido critica ciertas acciones de los «jusos»: por ejemplo, las tendientes a instituir en las grandes ciudades la gratitud de los transportes públicos; las que tienen como objetivo la creación de «comités de lucha contra la contaminación»; las destinadas a constituir «agrupaciones de usuarios» cuyo fin sería «conseguir que la propia colectividad se haga cargo de sus objetivos».

¿Se decidirá la dirección del partido socialdemócrata a excluir a estos jóvenes «molestos»? Precedentes no faltan: en los años sesenta, el partido de Brandt disolvió la Asociación de Estudiantes Socialistas (SDS), y hace unas semanas se prohibió (mediante recursos a los Tribunales) a la Asociación de Estudiantes Socialdemócratas (SHB) utilizar esa última palabra: «socialdemócrata».

Pero, ¿qué hacer con los «jusos», quienes a la par que mantienen una clara distancia con respecto a los comunistas y los «sectarios», esgrimen un socialismo intransigente y quieren revitalizar un partido socialdemócrata ya algo caduco?

Los «jusos» son ya demasiados en número como para que pueda solucionarse su caso mediante medidas administrativas. «Somos el partido socialista (SPD) de los años ochenta», proclaman los jóvenes socialistas. Esta pretensión de los «jusos» no parece nada utópica. El propio Willy Brandt ha tomado conciencia del auge de los jóvenes del partido. En su discurso ante los industriales, el canciller habló «de una joven generación socialista que podría no respetar las orientaciones del partido en materia económica...». Los temores de Brandt no parecen injustificados. ■ GERARD SANDOZ.

